

Felicia le hizo beber una taza de agua de azahar, y por fin, á fuerza de cuidados y de ternura, las lágrimas acudieron á los ojos secos de la Condesa, que se sintió más aliviada con su influjo bienhechor.

LIBRO SEGUNDO.

I.

UN HÉROE.

Desde aquel día viví sometida á dos influencias muy diversas.

Viví entre mi madrastra, que todo lo veía por el lado negro, y mi abuela, que todo lo miraba por el lado de color de rosa.

Entre un corazón envejecido y un corazón perfumado, hasta una edad avanzada, con las flores de esa eterna juventud que se llama dicha.

Entre un alma herida de una manera incurable, y un alma infantil llena de ilusiones y de amor.

Porque el esposo de mi abuela, á pesar de su cinismo y de sus vicios secretos, tan secretos que todos los ignoraban, supo hacerla la más feliz de las mujeres.

Las atenciones más tiernas rodeaban á la señora de Sandoval; vivía en una atmósfera de lujo embriagador, y de los labios de su marido sólo escuchaba el lenguaje más apasionado.

La opinión de Elena era acatada siempre; Sandoval

parecía mirarse en su belleza, y cuando ésta empezó á decaer por los años, aún redobló su adoracion y su ternura.

¡Cuánto cieno ocultaba aquella apariencia seductora! Sólo Dios y el Coronel lo hubieran podido decir.

Ni aún sus mismas queridas lo sabían, pues ya dije ántes que con su arte infernal conseguía cubrir lo más abyecto del vicio con las formas más decorosas y más seductoras.

Tenía la habilidad exquisita de enamorar á las mujeres hasta la locura, y de acceder á todos los desórdenes que ellas le proponían, sin provocarlos nunca por su parte.

Así era que, léjos de ser él el que conducía al precipicio, parecía caminar á éste por una especie de tierna conmiseracion hácia la enamorada mujer que de él se apasionaba.

Entre la gran cohorte de incautas que perdió, ninguna más que la esposa de mi padre podía quejarse de la falta de su hidalguía, de su respeto y hasta de su ternura.

Y aún analizando bien los motivos que aquélla tenía, ¿no era él quien debía de estar quejoso?

¿No era Magdalena la que se había casado la primera, para dar gusto á su madre?

¿No era esto confesar que amaba más á su madre que á él?

¿No se había casado con un hombre rico, jóven, de seductora figura, de una brillante posicion social?

Y él, ¿no había elegido una mujer de más edad que la que él contaba, es decir, una amiga más bien que una esposa?

Todas estas razones le dió aquel seductor, ante el cual, los don Juanes y los Lovelaces quedaban en mantillas, en una carta que dirigió á mi madrastra, dos ó tres días despues de su boda; continuaba diciéndole *que la perdonaba* su ingratitud; que la amaba siempre y más desde que se había hécho imposible para él; que dispusiera de su sangre, de su vida, de su fortuna, de todo, porque su corazon aún le estaba adherido con fibras frescas y sensibles.

Otra mujer de ménos talento que Magdalena, ó ménos pura y altiva, hubiera caído á las plantas del héroe, le hubiera pedido el perdon que se adelantaba á ofrecerle, hubiera acusado á su madre, á su destino, á la Providencia quizá, que es la última y más ciega acusacion de los que desesperan por cosas que valen poco; pero la esposa de mi padre era una mujer superior y no hizo nada de esto; llamó á Felicia, que había llegado á ser su confidente y su única amiga, y le enseñó aquella carta, obra maestra del Coronel.

Cuando se la devolvió, la quemó á la llama del quinqué, á cuya luz bordaba, y las cenizas, negras como la intencion que había dictado aquel escrito, cayeron sobre los brillantes colores de la tapicería, empañándola un momento.

Magdalena la sacudió, y luégo dijo con una sonrisa triste mostrando las flores limpias:

—Tan poca huella como aquí ha dejado ese indigno escrito en mi corazon, que toda la habilidad de ese hombre no alcanzará á alterar.

Felicia tomó la mano de la Condesa y la estrechó

tiernamente entre las suyas; luégo, arrepentida de la llaneza de este movimiento de afecto que no fué dueña de contener, bajó los ojos ruborizada y murmuró:

—¡Perdon, señora!

—¿Y de qué, amiga mia? repuso Magdalena; ¿de que me tenga V. afecto la he de perdonar? ¡Ah! ¡Yo soy la que le debe la más tierna gratitud! ¡En este aislamiento moral á que mi desgracia me ha traído, sólo cuento con su amistad! Mi madre, contenta con una pension crecida que ha arrancado á mi marido, vive en su casa con la ostentacion que siempre ha deseado y á la cual me sacrificó, y ya no piensa en mí; mi marido busca en otras partes la distraccion que mi melancolía no puede ofrecerle, y que sin duda necesita imperiosamente. ¡Ah, Felicia! ¡A no ser por su cariño, por su nobleza, por su fiel amistad, sería yo la más infeliz de todas las criaturas!

II.

MI EDUCACION.

Hé aquí el método de vida que yo empecé á seguir desde los seis años de mi edad.

Me levantaba temprano, pues mi aya, que tenía todas las cualidades mejores de las inglesas, de las francesas y de las españolas, me hacía observar y observaba ella misma esta saludable costumbre.

Pasaba al comedor y me desayunaba con Felicia.

Mi madrastra lo hacía más tarde en su cuarto; mi padre no tomaba nada hasta la hora del almuerzo.

Pasaba luégo á saludar á mi padre, que escribía un rato por la mañana, despachando su correspondencia, que era muy numerosa.

Aquella visita duraba poco, porque ya he dicho que me miró siempre con una especie de prevencion dolorosa, y que me acusaba de la muerte de su primera esposa, única mujer á quien habia amado con todo su corazon.

Me hacía algunas preguntas acerca de mis estudios y luégo me daba un beso en la frente. Esto era una señal de despedida. Como la Condesa se hallaba en misa á aquella hora, volvíamos á nuestra habitacion, en la que mi aya me vestía muy sencillamente y se vestía despues del mismo modo con el buen gusto que le era habitual.

Ibamos en seguida á la habitacion de Magdalena, á la que regularmente hallábamos desayunándose, de vuelta de la iglesia, y vestida de negro.

La Condesa era naturalmente muy triste, y lo estaba siempre; pero tenía un carácter tan dulce y lleno de atractivos, que yo la adoraba.

No abrigo tampoco la menor duda acerca de la afecion sincera que me profesaba; me hacía sentar á su lado despues de abrazarme y me daba algun dulce ó fruta de los que más me agradaban, pues tenía la bondad de informarse y de acordarse de mis gustos, hablándome con cariño é interés.

—¿Cómo vamos de estudios, mi querida niña? Me preguntaba con su voz dulce y un poco lánguida; ya me

ha dicho nuestra buena Felicia que sabes leer muy bien, que empiezas á escribir y á aprender Historia; aplicate, mi querida Valeria; en esta triste vida, en que es mentira todo, el placer que el estudio nos proporciona es una de las poquísimas verdades que encontramos.

Animada con estas palabras, iba á mi habitacion y daba mis lecciones con Felicia, que era entónces mi sola preceptora, á causa de mi poca edad.

Ella me enseñaba á escribir y la Historia de España, haciéndome despues leer sobre sus rodillas.

Así se pasaba el tiempo hasta la hora del almuerzo, que hacíamos en compañía de la Condesa; mi padre almorzaba siempre sólo ó con sus amigos.

Acabado el almuerzo, nos dedicábamos un rato á nuestras labores de aguja, en las que mi aya era primorosa; yo trabajaba muy poco, pero la miraba trabajar con la mayor atencion.

Magdalena estaba con nosotros en la sala de labor.

Aquella figura profundamente triste y siempre vestida de negro, cual si llevase luto por su felicidad, era, como despues me ha asegurado mi aya, el lado oscuro del cuadro, del cual era la luz la admirable belleza de que el cielo me habia dotado en la infancia, y que no cesaban de alabar todos.

La Condesa hablaba muy poco; casi siempre la veia con las manos cruzadas y la mirada fija.

Otras veces rezaba, segun se podia colegir por el movimiento de sus labios.

Otras veces, en fin, hablaba con nosotras de labores y de asuntos diferentes; ya de lo que habia leído, ya diser-

tando sobre los sentimientos del corazon humano; pero todo de una manera tan triste, que se conocia que habia dejado de iluminar su alma la radiosa luz de la esperanza.

Yo gustaba, desde mi edad más tierna, de su grata, variada y armoniosa conversacion; pero las tristes doctrinas que en ella dominaban se iban grabando en mi alma.

Magdalena, escéptica á fuerza de padecer, todo lo del mundo lo sometia á un análisis riguroso, y en todo, ménos en la esperanza de otra vida, hallaba la nada y el vacío.

Aquella sombra hermosa y apacible, aquella especie de suave aparicion, era precisa para mí y me conceptuaba feliz si la veia presidiendo nuestras tareas, y triste el día en que, más agobiada por la melancolía que de ordinario, permanecia retirada en su habitacion.

Al verla rezar y leer libros devotos, conocí que algo de muy bello y grande habia en una religion que llenaba tan por completo el alma pura y noble de Magdalena.

A la una dejábamos la labor é íbamos á vestirnos para visitar á mi abuela.

Desde aquel punto todo cambiaba por completo: desaparecia la sencillez para ser reemplazada por la ostentacion y la magnificencia.

Nuestros trajes eran esmerados y elegantes, si bien mi aya, dotada de exquisito buen gusto, procuraba que tuviesen toda la modestia posible, y que pudiese no chocar con los gustos espléndidos de mi abuela.

Esta, desde que se habia convertido en la señora de

Sandoval, vivía en una especie de nido de seda y flores.

Si ella había hecho á su esposo dueño absoluto de su albedrío, de su voluntad y de sus bienes, éste, en cambio, la rodeaba de tales refinamientos de cariño y de cuidados, que pudiera asegurarse que la había embriagado completamente y que la hacía mecerse en regiones ideales.

Su cuarto de dormir, cargado de perfumes, tenía por la parte interior algodonada la tapicería para que no molestase su sueño el más leve ruido de la calle.

Ardía en el centro del dormitorio de mi abuela una lámpara cuya mecha se hallaba empapada en un fuerte perfume.

Cortinas de seda rosa, cubiertas con otras de encaje blanco y sostenidas con abrazaderas de perlas; sillones cómodos y mullidos como pequeños lechos; un lecho de plata y de marfil velado por pabellones de gasa con guirnaldas de rosas; mesitas de pórfido en forma de lira, sostenidas por amorcillos; jarrones magníficos cargados de flores; obras maestras de arte, en pintura y escultura, de pequeñas dimensiones, y por todas partes fuertes aromas, penetrantes perfumes que se exhalaban de diminutos braserillos de oro, en un humo ligero y blanquecino; hé aquí lo que constituía el mueblaje de la habitación de mi abuela, en la que parecían haberse agotado todas las mil voluptuosidades del lujo y de la riqueza.

Sus gabinetes de tocador y de baño eran aún más encantadores, y estaban más llenos de primores, de alhajas y de todos los refinamientos de la elegancia.

Mi abuela, al cabo de seis meses de casada por segunda vez, no era ya la esbelta y hermosa Elena, admiración de todos, envidia de todas; era una matrona gruesa, majestuosa y dotada de la belleza que puede conservar la casi obesidad que le había traído su vida muelle y perezosa; constantemente servida y mimada por su negra María de Jesús, que no se había separado de ella, vivía soñando en un mundo de rosas y delicias, creyendo á ciegas en la idolatría de su marido, y viéndolo todo á través del prisma mágico de su amor y de su gratitud, pues aquella pobre mujer, á la que se había enervado por el abuso de la mesa, de los perfumes y de la molicie, estaba mecida siempre como en un mundo ideal, lleno de luces, de ángeles y de flores, en medio de cuyo encanto flotaba su marido, como el hechicero encantador que había labrado su ventura.

Cuando yo iba, se hallaba recostada invariablemente en un diván de raso azul, envuelta en un peinador de batista—pues no podía sufrir sujeción alguna—y medio adormecida, después de un largo y succulento almuerzo.

Era lo más extraño, que habiendo comido siempre muy poco, desde su casamiento estaba dominada entonces por una asombrosa voracidad.

Aquel sér infernal, al que se había unido, se había complacido en ir enervando poco á poco su inteligencia, al paso que despertaba todos sus instintos animales.

¡Horrible empresa, pero fácil de conseguir y de llevar á cabo, tratándose de una americana tan propensa á la molicie, á la ociosidad, y dotada de una gran riqueza!

Mi abuela hacía que me acercase á ella, y me abrazaba

apasionadamente; despues de lo cual, caia de nuevo en el divan tan rendida como si hubiera hecho los mayores esfuerzos.

Algunas veces rogaba á Felicia que se pusiese al piano y que le cantase, acompañándose, alguna de sus melodías favoritas.

Yo la veia, en tanto que la música duraba, sumergirse poco á poco en un sueño profundo, y cerrar los párpados, agobiados con la pesadez de aquella atmósfera cargada de perfumes.

Cuando la cancion terminaba, la señora de Sandoval dormia de la manera más apacible y sosegada.

Algunas tardes saliamos á paseo, pero eran las ménos, porque á mi abuela le eran igualmente insoportables el frio, el calor, el sol y el viento, y se moria de fatiga fuera de su nebuloso gabinete.

Cuando las instancias de mi aya la sacaban de casa, se dormia en el carruaje, bajo el velo de blonda blanca de su sombrero.

Entre tanto, su marido derrochaba sumas enormes en toda clase de desórdenes, que cubria cuidadosamente con el perfumado cendal de la decencia y del decoro.

Mi abuela nada veia, nada podia ver, subyugada, alelada, por decirlo así, bajo el influjo infernal de su marido, que se separaba muy poco de su lado, y que le abrumaba á fuerza de caricias y de protestas de amor.

III.

MI ESPEJO.

Entre la figura triste de mi madrastra y la figura soñolienta de mi abuela, se deslizaron seis años.

Llegué á los doce de mi edad y á la época de mi primera comunión.

Ademas de las lecturas que tenía con mi aya, fué el señor cura de San Luis el encargado de prepararme.

Yo estaba dominada aquel dia por tal aturdimiento, que se acercaba al idiotismo, y voy á decir por qué.

Mi madrastra me habia persuadido de que el acto que iba á tener lugar era uno de los más importantes de la vida.

Mi abuela, cuya parte religiosa habia sufrido notables alteraciones con el contacto del cinismo de su marido, cinismo que no se mostraba, pero que se notaba y se respiraba junto á él, hablaba con mucha indiferencia y se lamentaba de que se me hubiese hecho madrugiar tanto.

Lo mismo que en aquella ocasion me sucedia en todas las demas de la vida.

Yo no tenía ideas fijas acerca de nada, sino todas exageradas, ya por lo que toca al bien, ya por lo que respecta al mal; en una edad tan tierna, vivir entre dos caracteres extremos, era lo peor que pudiera haberme acontecido.

Así es que mi carácter, aunque naturalmente pláci-